

V. ENTREVISTAS

Roberto Fernández Retamar (1930), poeta, profesor universitario y crítico cubano es, como conoce el lector, uno de los más significativos exponentes del, nuevo ensayo latinoamericano, en el que ha sobresalido no sólo por sus investigaciones sobre teoría literaria en su articulación con la realidad y la cultura de nuestra América, sino también por su insistencia en el ideario y la obra fundadores de nuestro Héroe Nacional José Martí. RFR se desempeña como Director del Centro de Estudios Martianos, Vicepresidente Primero de la Casa de las Américas y Director de la revista Casa, al frente de la cual cumplirá veinte años de labor en fecha próxima. Renovando un interés previo que no pudo concretarse por razones de trabajo, Cuadernos de Nuestra América lo abordó al finalizar el Segundo Seminario sobre la Situación de las Comunidades Negra. Chicana. Cubana, Nativa Norteamericana, Puertorriqueña. Caribeña y Asiática en los Estados Unidos, celebrado conjuntamente por el CEA y la Casa en noviembre de 1984. En esta entrevista, que en alguna medida continúa la línea abierta en nuestro número anterior, RFR ofrece, en medio de otros tópicos particulares, algunas ideas útiles para la reflexión acerca de los estudios y el pensamiento latinoamericanos. La presentamos a nuestros lectores en la voluntad de estimular aquel balance, y en la perspectiva de difundir los distintos criterios sobre el desarrollo de los estudios relativos a América que se han emprendido en Cuba después del triunfo revolucionario.

1. Antes de 1959, usted ya conoció los estudios latinoamericanos en las universidades de los Estados Unidos y Europa. ¿Qué piensa del desarrollo alcanzado hoy en la latinoamericanística a nivel mundial, respecto a los años 50?

Creo que no pecho en absoluto de patriotismo (mal que deploro) al afirmar lo que nadie que se respete puede desmentir: que el triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, y la compleja y heroica lucha por la segunda independencia de nuestra América que entonces se reinició —con capítulos luminosos como el de Nicaragua y trágicos como los del Che en Bolivia, o los de Chile y Granada— provocaron una verdadera eclosión de “la latinoamericanística a nivel mundial”, y no sólo “respecto a los años 50”. Nunca antes se ha estudiado tanto a nuestra América, en las universidades y fuera de ellas. La razón es obvia: la América Latina y el Caribe han dejado definitivamente de ser vistas como una nota al pie de la historia mayor, y, encabezados por Fidel y los barbudos de la Sierra, entraron a ser considerados como parte de esa historia mayor: la historia a secas, que no es mayor ni menor. El que en algunas (o muchas) de aquellas universidades se nos estudie con hostilidad, no altera lo que he afirmado y todo el mundo sabe. La animadversión es con frecuencia otra forma, resentida esta vez, de homenaje. “Ladran, luego galopamos”, dice un justo proverbio español.

2. Se ha venido afirmando que por un conjunto de características y por la peculiaridad misma de nuestro desarrollo sociocultural, la América Latina no ha producido filósofos —en el sentido especulativo y cerrado del término— para

aportar, en cambio, una notable lista de pensadores que han estructurado un pensamiento coherente, sistémico, a partir del ensayo, el discurso, la crónica, la polémica, por sólo mencionar lo más evidente, son los casos de Bolívar, Martí, Hostos, Betances, Mariátegui, Mella, Ponce, Che, Fidel. Todo ello avala la existencia de algo que resulta innegable: un pensamiento latinoamericano. ¿Podría usted señalar las principales conquistas de este pensamiento durante los últimos años?

No suscribiría el criterio de la plena inexistencia de filósofos, aun en el sentido más riguroso del término, en nuestra América. Bástenos pensar, en el siglo XIX de la propia Cuba, en hombres como Varela, Luz y Caballero o Varona. Es verdad que ellos no fueron sólo filósofos. Pero un filósofo en estado de pureza es *rara avis*. Y más aún en comarcas convulsionadas como la nuestra, cuajada en cambio, en efecto, de pensadores que se han expresado a través de los más diversos cauces (como por cierto también han hecho los filósofos), y han contribuido a configurar ese pensamiento latinoamericano de que se habla en la pregunta. Ahora bien: un pensamiento es siempre pensamiento de algo, sobre algo. En nuestro caso, si es genuino, si no es repetición mimética de lo ya dicho, no puede sino ser —como ha sido— la conciencia de nosotros mismos. Al decir esto, no sólo no propongo, sino que rechazo un ensimismamiento ontologizante que nos cortaría del resto del mundo, y quizás nos ha hecho tanto daño como el mimetismo. Pero sí considero que una comunicad humana orgánicamente unida, nuestra América en este caso, necesita saber qué es, cuál es su voz, su matiz, su aporte en el concierto de la humanidad. Esto es lo que ha logrado el verdadero pensamiento latinoamericano. Para mí, ya se sabe, sin desdeñar aportes previos como los de Bolívar, Bello, Bilbao, los intelectuales de la Reforma mexicana, Hostos o González Prada, la cima de ese pensamiento la alcanzó Martí. De su democratismo revolucionario antimperialista y profundamente radical arranca nuestra modernidad, como ha proclamado más alto y mejor que nadie el propio Fidel. Nuestros “últimos años” no se entienden del todo, ni en relación con nuestro pensamiento ni probablemente en relación con casi nada, si no los remitimos a esa entrada en la modernidad que fue (es) el pensamiento y la acción de Martí. “Las principales conquistas” del nuevo pensamiento latinoamericano están claramente diseñadas o apuntadas en el Maestro: la exigencia de autenticidad, los rasgos distintivos de nuestra América, la necesidad de injertar en nuestras repúblicas el mundo pero que el tronco fuera el de nuestras repúblicas, el antimperialismo raigal, la necesidad de echar nuestra suerte “con los pobres de la tierra” (“con los oprimidos”, dijo, había que “hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”), la lucha por la “dignidad plena del hombre”. En el camino abierto por Martí se produciría, en este siglo, la asimilación latinoamericana del marxismo-leninismo, no como “calco y copia”, sino como “creación heroica”, según dijera Mariátegui, uno de sus primeros heraldos, junto con hombres como Mella, Martínez Villena y Ponce. La causa de nuestra América antimperialista se hizo en ellos, así, totalmente consustancial con la de “los pobres de la tierra”, “los oprimidos”: y a la cabeza de ellos, como clase de vanguardia, el proletariado. Va en nuestros años, pensadores y hombres de acción del

calibre de Fidel, el Che o Carlos Fonseca proseguirían ahondando esa faena. Por ejemplo, la reactualización que Fidel hizo posible para Martí, la hizo Fonseca en relación con Sandino. En ambos casos, se trató de profundas tareas intelectuales que han encarnado en la historia, prueba de fuego del pensamiento. El filósofo idealista Bergson escribió: “Conciencia significa acción posible”. Ante tantos extraviados por la palabrería hueca, momificada o alborotada, que tan caro han costado a nuestros pueblos, la sentencia de Bergson nos lleva, inesperadamente, al Lenin que advirtió que con frecuencia se aprende más de un idealista inteligente que de un materialista tonto.

3. En los años 60 resultaron frecuentes las polémicas con relación al papel y al lugar del intelectual en las sociedades latinoamericanas. ¿En qué medida este tema es hoy por hoy una cuestión central, o ha sido desplazado por otros nuevos?

Parece que es a raíz del “Yo acuso” de Zola —ayer, como quien dice— que empezó a usarse, en un manifiesto famoso, el término “intelectuales”. Pero eso no quiere decir que antes no hubiera intelectuales. Es más: de hecho, como Gramsci recordó con su habitual agudeza, no hay hombres no-intelectuales. Y en esto, como en tantas cosas, nuestra América no es la excepción. Los llamados por antonomasia “intelectuales” (que pueden ser sacerdotes o políticos, pensadores o médicos, maestros o ingenieros, escritores o artistas, o varias cosas a la vez) suelen ser voceros de una u otra clase."

En los años 60, al calor de la intensa lucha de clases avivada por el triunfo de la Revolución Cubana, se discutió mucho sobre el tema que la pregunta menciona. Acaso se discutirá durante mucho más tiempo, acaso cada generación tenga que reabrir la polémica, pero creo que en los sesenta y principios de los setenta se produjo una partición de las aguas que contribuyó a clarificar las cosas para varias generaciones. Unos, los más y los mejores, quedaron del lado de “los pobres de la tierra”; otros, los menos y los peores —si bien no podría negarse valor formal o técnico a todos—, quedaron del lado de “los opresores”, ¿Seguir discutiendo? Quizás. Pero “hay, hermanos, muchísimo que hacer”, recordó el poeta.

4. Un tópico que ha venido cobrando cada vez mayor insistencia, sobre todo en medios de difusión occidentales, es el de los llamados “disidentes” y el de la supuesta violación de los derechos humanos en nuestro país. Uno de los propósitos de la campaña es obvio: se pretende crear corrientes de opinión en el sentido de que lo mejor de la intelectualidad cubana (y no solo escritores y artistas) se encuentra fuera de Cuba. En ocasiones una percepción distorsionada ha llegado a permear algunos estudios académicos, que se suponen más serios en sus análisis y menos contaminados por lo que no es sino mera propaganda. ¿Cuál sería su reflexión al respecto?

Mi respuesta será más breve que la pregunta: el enemigo imperialista, y aquellos a quienes directa o indirectamente paga para ello, van a seguir inventando “disidentes” donde no hay sino contrarrevolucionarios (las cosas deben ser nombradas por su nombre), van a seguir calumniándonos y lanzándonos invectivas. Recuerden el proverbio con que termina mi primera respuesta. A veces, gente bien intencionada

comulga con tales ruedas de molino. Tratemos de ayudarlos fraternalmente a que vean claro. Por lo demás, nuestro deber es seguir trabajando lo mejor posible, con la conciencia limpia y el ímpetu del primer día, o aún mayor.

5. Próximamente usted cumplirá veinte años al frente de la revista Casa, cuya proyección y prestigio, como el de la institución misma, han desbordado las fronteras nacionales y cumplido uno de los objetivos por los que precisamente fue creada. ¿Cómo definiría la línea de trabajo de la revista? Más allá de ello, ¿en qué términos podría caracterizarse la labor editorial desarrollada por la Casa de las Américas durante todos estos años? ¿Qué se plantea para el futuro?

Sí, cuando aparezca esta entrevista habré cumplido veinte años al frente de la revista Casa, de la que habré dirigido ciento veinte números desde aquel marzo de 1965 en que la inolvidable compañera Haydée me llamó para responsabilizarme con esa tarea, en la que he puesto cuanto tengo, valga lo que valga. ¿Cómo defino la línea de trabajo de la revista? Bueno, suelo llamarla una revista de letras e ideas, tal como quise hacerla desde que tengo uso suficiente de razón (¿se nacerá revistero como al parecer se nace poeta?). Tanto las “letras” como las “ideas” hemos querido en la Casa de las Américas (institución de la cual es órgano la revista, que tiene por tanto los caracteres de aquélla) que sean las mejores de estos años latinoamericanos. Me (nos) enorgullece, ¿por qué no decirlo?, haber publicado, además de números misceláneos, otros total o parcialmente monográficos sobre países o zonas como México, Uruguay, Venezuela, El Salvador, Perú, Vietnam, Chile, Puerto Rico, Panamá, Guatemala, el Caribe de lengua ,Inglesa, Nicaragua, Ecuador; sobre figuras como Martí, Lenin, el Che, Haydée, Darío, M. Estrada, Marinello, Roque, Urondo, Alejo, Nicolás, Cortázar; sobre temas como África en América, Situación del intelectual latinoamericano, la Guerra del 68, Diez y Veinte años de Revolución Cubana respectivamente, el Primer Festival Panafricano de Cultura, el Congreso Nacional de Educación y Cultura, la Mujer, Marxismo y semiótica, imperialismo y medios masivos de comunicación, XX Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, Simposio sobre la Identidad Cultural Caribeña, el Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Me (nos) enorgullece, desde luego, la brillante lista de colaboradores con que la revista ha contado y cuenta: enumerarlos es desplegar en considerable medida lo más granado de los intelectuales latinoamericanos y caribeños, y no pocos latinoamericanistas, de estos años.

Algunos, hoy bien conocidos, se revelaron en la revista. Otros eran ya figuras, digamos así, consagradas (aunque la palabra no me gusta nada) al prestigiar nuestras páginas con sus textos. Por supuesto, no nos ha faltado algún Judas ni algún gozque (a quien recomiendo la consulta del diccionario), que al pretender censurarnos se ha autocríticoado involuntariamente. Pero el conjunto de colaboradores, de colaboraciones, de números especiales y no especiales, es impresionante. La inmodestia de este adjetivo es sólo aparente: la revista la han hecho ellos: yo sólo he sido el afortunado director de orquesta.

Durante estos años, la labor editorial, en conjunto, de la Casa de las Américas es, según lo que sé, la más completa, o una de las más completas, hecha a propósito del

área. El perfil preponderante, de acuerdo con el carácter de la institución, pone énfasis en lo literario y artístico, pero sin que estén ausentes las ciencias sociales: junto a las “letras”, las “ideas” (¿y de qué valen las letras sin ideas?). Nuestros libros —unos seiscientos cuatro títulos con más de seis millones de ejemplares— “sericana”, “Pensamiento de Nuestra América”. “Valoración múltiple”. “Cuaricana”, “Pensamiento de Nuestra América”, “Valoración múltiple”, “Cuadernos Casa de las Américas”, “Nuestros países”. Y además de *Casa*, contamos con revistas de teatro (*Conjunto*), música (boletín *Música*), cuestiones caribeñas (*Anales del Centro de Estudios del Caribe*), teoría, crítica y culturología (*Criterios*, en coedición con la UNEAC). La Casa publica de preferencia en español, pero también en portugués, inglés, francés, créole y quechua. Claro, hablar en detalles de toda esta labor tan vasta requiere otra entrevista.

¿Planes? Crecer, mejorar, ser cada vez más útiles, seguir combatiendo al imperialismo y defendiendo las causas justas y la cultura en nuestra América y el mundo.

Entrevistó: Alfredo Prieto González